

Contribución al estudio de los pueblos prerromanos del alto Duero: pelendones

JOSÉ ALBERTO BACHILLER GIL*

MANUEL E. RAMÍREZ SÁNCHEZ**

* Profesor Titular de Prehistoria. Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

** Becario de Investigación. Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

Introducción

Tradicionalmente la lingüística y la arqueología han seguido caminos diferentes en lo que se refiere, especialmente, al estudio de los diferentes pueblos prerromanos de la Península Ibérica y, por supuesto, el caso que nos ocupa no constituye una excepción. Muy pocos han sido los intentos por establecer una vía de estudio común y, casi siempre, han estado condenados al fracaso.

Por nuestra parte, sólo pretendemos, aun siendo conscientes de las grandes dificultades existentes, abrir una línea de entendimiento en este campo que habrá de consolidarse en el futuro. En este sentido, queremos hacernos eco de algunas propuestas efectuadas recientemente, tal es el caso de Almagro-Gorbea y Lorrio (1987:106), que ven la alternativa al estado actual en la consideración de que la cultura material y la economía, así como la lengua o la organización social e ideológica, o la misma antropología física, totalmente desconocida en nuestro caso, actúan y evolucionan con relativa independencia, si bien siguiendo la teoría del sistema cultural están interaccionados dentro del conjunto que constituye toda cultura o etnia (CLARKE, D. L. 1978: 101 ss., 363 ss.).

Ya en 1933 Blas Taracena afirmaba, al respecto de los problemas que presentaba la delimitación geográfica de los pelendones, que la arqueología debía solucionar los numerosos interrogantes que planteaban los textos clásicos «declarando lo que silencian y aun aclarando lo que contradicen» (TARACENA, B. 1933:393). Aún hoy, después de haber transcurrido más de medio siglo, intentar trazar la delimitación geográfica y cultural entre pelendones y pueblos vecinos, constituye uno de los mayores problemas que actualmente tiene planteados el estudio de los pueblos prerromanos del curso alto del Duero.

En el presente artículo mostraremos el estado actual de la investigación sobre los *pelendones*, intentando fijar el carácter de la informa-

ción que nos transmiten las fuentes clásicas y estableciendo las interesantes aportaciones de la investigación arqueológica a este respecto.

Estado de la cuestión: Territorialidad y adscripción cultural

Desde que en el siglo XVIII Loperráez se refiriese a los pelendones, en su Historia del Obispado de Osma hasta el presente son varias las menciones que sobre este pueblo se han hecho. Sin duda, la aportación de Loperráez, pese a su temprana fecha, constituye una de las más notables de cuantas conocemos antes del presente siglo. Siguiendo a las fuentes clásicas, sitúa a los pelendones en la serranía soriana (LOPERRÁEZ, J. 1788: 259-260). Con posterioridad a él, varios autores más se ocuparían de los pelendones, aunque de modo más sucinto (RABAL, N. 1889:XIII; SENTENACH, N. 1914-1915:8).

A inicios del presente siglo, A. Schulten define a los pelendones como un pueblo celta, ya que veía bajo este nombre —que él interpretó como *tribu de Pelendos*— una indudable filiación céltica, cuyas raíces establecía en la tribu de los *Belendi* que Plinio (IV, 108) localiza en Aquitania. Schulten configuraba su territorio siguiendo la relación de ciudades identificadas con este pueblo por Ptolomeo (Savia, Augustóbriga y Visontium), y admitía que el límite S del territorio pelendón estaba establecido por la ciudad de Numancia, que posteriormente pasaría bajo control de los *arévacos* (SCHULTEN, A. 1914:123-124).

En oposición a Schulten, Bosch Gimpera proponía un planteamiento diferente al defender que los *pelendones*, con su «cultura hallstática arcaica», habían llegado a la Península Ibérica en una primera oleada que penetraría en nuestro país hacia el s. VIII a. C., siendo arrinconados en las estribaciones montañosas hacia el 650 a. C. por los *arévacos*, que formaban parte de un grupo de pueblos belgas que, en una segunda oleada habían llegado a

la península (BOSCH GIMPERA, P. 1921; 1932; 1940).

En su estudio sobre la Etnología de los pueblos antiguos de la Península Ibérica, Bosch Gimpera establecía los límites del territorio de los *pelendones* (BOSCH GIMPERA, P. 1932), siguiendo los estudios que sobre el terreno había realizado Taracena y que habían sido publicados unos años antes (TARACENA, B. 1926; 1927; 1929; 1932). Éstos eran:

Al N, las estribaciones montañosas que separan las provincias de Soria y Logroño (Sierras de Cebollera, Pinedo, Camero y Hayedo), aunque los *pelendones* sobrepasarían éstas penetrando en Logroño siguiendo el cauce del río Alhama y los Picos de Urbión en el occidental (BOSCH GIMPERA, P. 1932:561). b). El límite O correría desde Canales de la Sierra (provincia de Logroño) hasta el valle de Los Barbadillos (provincia de Burgos), siendo Piedrahita de Muñó un enclave fronterizo de los *pelendones* con los *turmogos*. Desde aquí, según Bosch Gimpera, el límite fronterizo occidental descendería a lo largo de la carretera Burgos-Salas de los Infantes-Soria (BOSCH GIMPERA, P. 1932:561). Como luego veremos, Taracena establece este límite en una zona más oriental. El trazado del límite S, como reconoce el propio Bosch Gimpera, es mucho más problemático, y lo establece siguiendo la Sierra de Costalago, San Leonardo y la Sierra de Cabrejas y el Pico Frentes hasta Soria; a partir de aquí el límite descendería siguiendo el curso del Duero hasta el actual pueblo de Ituro; ya desde aquí el límite continuaría, según Bosch Gimpera, siguiendo aproximadamente la actual carretera Soria-Agreda-Tarazona, hasta el Moncayo (BOSCH GIMPERA, P. 1932:562). Por último, el límite E sería el más sencillo de establecer para Bosch Gimpera y vendría configurado por el Moncayo, la ubicación de Augustóbriga en Muro de Agreda, y la delimitación de la actual provincia de Soria con Zaragoza hasta Fitero, en la provincia de Navarra (BOSCH GIMPERA, P. 1932:560).

Posteriormente B. Taracena realiza un plano del territorio de esta «tribu», siguiendo las aportaciones de las fuentes clásicas (Plinio y Ptolomeo) y los datos que había recabado en sus campañas de prospección y excavación en ambas provincias (TARACENA, B. 1926; 1927; 1929; 1932). Su trazado no difería de los límites planteados por Bosch-Gimpera más que en lo relativo al límite oriental del territorio de los *pelendones*. Sobre este particular, B. Taracena defendía una frontera más oriental que la establecida por el catalán. Mientras éste proponía el límite hasta tierras de Lara, Taracena indicaba al respecto que parecía más justificado pensar en la antigua frontera de Soria, esto es el cerro de San Millán y las sierras de Neila y de la Umbría hasta la de Costalago (TARACENA, B. 1933:397).

Unos años más tarde, en su artículo sobre los celtíberos publicado en la *Historia de España* de D. Ramón Menéndez Pidal, Taracena mantiene sus tesis iniciales sobre el pueblo pelendón y disiente claramente de la interpretación de A. Schulten y P. Bosch Gimpera sobre la pertenencia de Numancia a los arévacos, como ciudad fronteriza con los *pelendones*, en el período de mayor empuje de éstos. Según Taracena, el control de Numancia y de Savia garantizaría el control de toda la serranía soriana, por lo que «quien poseyera la ciudad sería forzosamente dueño de la comarca hasta la divisoria septentrional y, por tanto, la ocupación de ella inevitablemente equivaldría al dominio en todo el territorio de la tribu» (TARACENA, B. 1954:203).

Hoy en día, el estudio de la territorialidad de los pueblos prerromanos de la Península Ibérica se realiza desde unos presupuestos bien diferentes de los que siguieron, a lo largo del presente siglo, autores como B. Taracena o P. Bosch Gimpera. Actualmente a nadie se le escapa los grandes riesgos que conlleva hablar de «territorios» y «fronteras» en el momento de intentar reconstruir el espacio so-

ciopolítico y cultural de un pueblo de la antigüedad. Retrotraer la información de las fuentes clásicas sobre el «territorio» pelendón a un marco cronológico anterior de cuatro o cinco siglos constituye un evidente anacronismo.

Tras los trabajos de B. Taracena, a inicios de la década de los sesenta vuelve a retomarse el interés por la investigación de la protohistoria y romanización en la provincia con los trabajos de F. Wattenberg en Numancia¹. Unos años más tarde C. Alonso comenta algunos aspectos relacionados con los pelendones en un artículo centrado en el estudio de las relaciones de los arévacos con los pueblos vecinos (ALONSO, C. 1969:132-133)².

Las aportaciones más recientes de la investigación arqueológica, que pueden ayudar al mejor conocimiento de los pueblos prerromanos del curso alto del Duero, vienen determinadas por el estudio de C. García Merino sobre el *Conventus Cluniensis* (1975), la publicación del estudio de A. Jimeno sobre la epigrafía romana de Soria (1980), y los trabajos de F. Romero Carnicero (1984 a, 1984 b) y J. A. Bachiller Gil (1986, 1987 a, 1987 b, 1987 c) sobre la Primera Edad del Hierro en la altimeseta soriana.

Respecto a los *pelendones*, una de las últimas aportaciones la constituye el estudio de U. Espinosa presentado en el II Symposium de Arqueología Soriana, recientemente celebrado (U. ESPINOSA 1992), en el que estudia algunos aspectos directamente relacionados con la epigrafía de la serranía soriana, ya señalados con anterioridad en otro trabajo (U. ESPINOSA y L. M. USERO 1988).

A partir del siglo VI a. C., observamos el surgimiento de una serie de poblados que se han venido estudiando bajo el epígrafe de «cultura castreña soriana», tradicionalmente adscrita a los pelendones. A Blas Taracena debemos la acuñación del término «cultura castreña soriana» y la definición del mismo (TARACENA, B. 1926; 1927; 1929; 1932; 1941). Se caracterizaba por la reducida extensión de los

asentamientos, su situación en picachos serranos, escasez de materiales, ajuar uniforme de tosca cerámica cordonada, molinos amigdaloides y la posesión de un solo recinto murado reforzado al exterior, en algunos casos, por una estacada de piedras hincadas y, en ocasiones, con foso (TARACENA, B. 1941:13-14). A partir de este momento, el término «castro» ha sido aplicado a diversos yacimientos de la provincia de manera muy diversa y, a la vez, dispar. La definición de Taracena es retomada por Romero Carnicero, quien insiste en su situación altamente estratégica, con emplazamientos bien protegidos por la propia naturaleza, y en otros aspectos, más conocidos en la actualidad, relativos a las defensas, arquitectura doméstica y materiales (ROMERO CARNICERO, F. 1984 a; 1984 c; 1991). Por nuestra parte, en un intento de poner orden y fijar un criterio a las distintas acepciones dadas al término «castro» y «cultura castreña soriana», que han creado tanta confusión en el estudio de esta facies cultural, ofrecíamos nuestra propia concepción (BACHILLER, J. A. 1986; 1987 b). Por «castro» entendemos todo poblado fortificado artificialmente utilizando a tal fin uno o varios sistemas defensivos; a ello se une su situación en lugares altamente estratégicos en función del ahorro de esfuerzo en la erección de la obra defensiva. La «cultura castreña soriana» es la manifestación cultural constituida por una serie de yacimientos, de reducido tamaño, fortificados con un solo recinto murado, localizados en la actual provincia de Soria, pero con ramificaciones en territorios colindantes, situados generalmente en picachos serranos a una altitud media de 1.200 mts. y cuya vida se inicia en torno al siglo VI a. C. o tal vez antes, alcanzando su pleno desarrollo en el siglo V a. C. para concluir en un momento fechable a fines del siglo V y primera mitad del siglo IV a. C. Su cultura material viene definida por la teórica ausencia de una organización urbanística (conviviendo, en algún caso, plantas rectangulares y redondas), relativa escasez

de materiales, cerámica elaborada a mano de gran pobreza decorativa, algunos elementos metálicos casi exclusivamente de bronce y otros elementos menos definitorios: punzones de hueso, pondera, fusayolas, fichas cerámicas, bolas, sílex y molinos de mano amigdaloides. El conjunto general de todos estos elementos es lo que define la cultura castreña soriana.

El grupo de yacimientos correspondientes a esta fase aparecen reflejados en el *Mapa 1*, en el que no se incluyen aquellos de dudosa adscripción y otros cuyo inicio de ocupación, en función de los materiales que presentan, es posterior (fines del siglo V y primera mitad del siglo IV a. C.). Por otro lado, se incluyen algunos tales como El Castillo de Soria (1952:294-296), denominado «castro céltico» por Ortego Ríñas, en función de los escasos fragmentos cerámicos elaborados a mano, pero sin documentar ningún tipo de fortificación, hecho por el cual planteamos la interrogante. Este mismo hecho se produce en el Castillo de Avieco del cual conocemos atípicos fragmentos de cerámica a mano, de tosca elaboración, no presentando fortificación alguna (TARACENA, B. 1929:9-10). En el caso de El Puntal de Sotillo del Rincón (ROMERO, F. 1991:115-117) conocemos la existencia de fortificación pero se desconocen totalmente los materiales³.

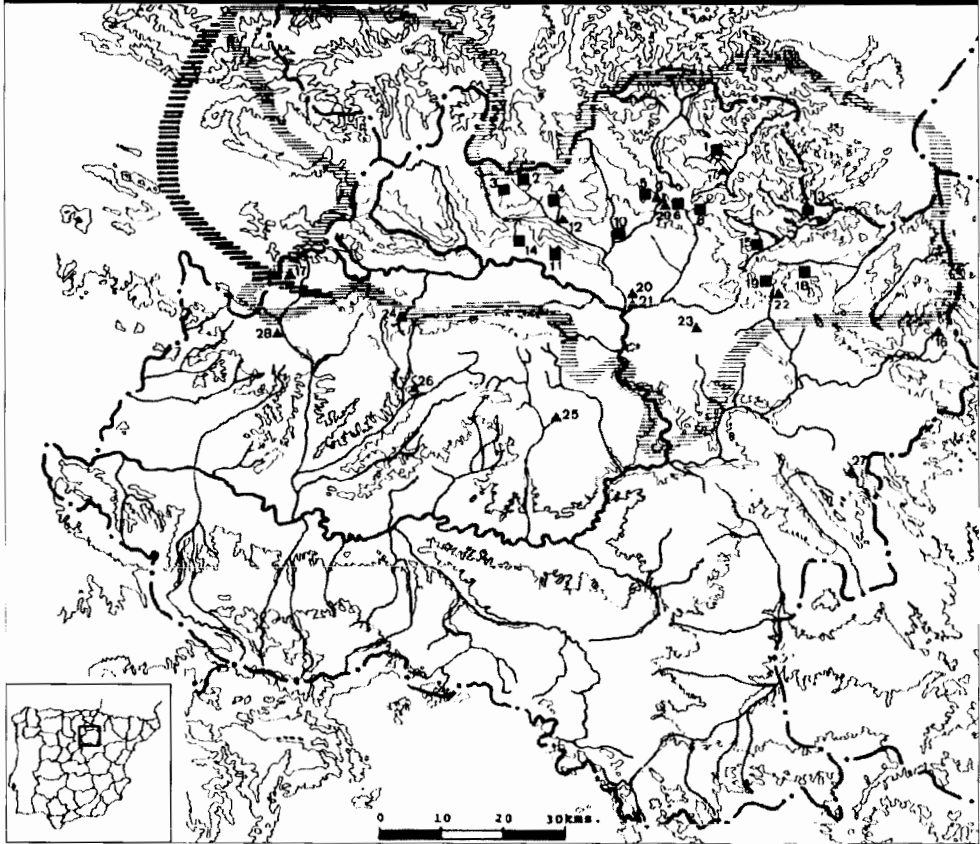
Por otra parte, no es este el lugar para hacer un estudio pormenorizado de los diversos aspectos relativos a la cultura material de estos yacimientos, hecho por el cual nos remitimos a los estudios y revisiones que recientemente se han realizado sobre el tema (BACHILLER, J. A. 1986, 1987 a, b, c. 1989, 1992; ROMERO, F. 1991).

El momento final de estos asentamientos se fijó en un principio por Taracena en un momento indeterminado del siglo IV, en que los *arévacos* sustituirían la ruda cultura de los castros por la posthallstättica, de donde por evolución surgiría la numantina (TARACENA, B. 1929:24-27). Como ya hemos expuesto, Bosch

Gimpera opinaba que los *arévacos belgas o vacceos extremos* desplazarían a los *pelendones* de la región de Numancia, los cuales quedarían reducidos a las zonas montañosas del Nordeste de la provincia en torno al siglo III a. C. (BOSCH GIMPERA, P. 1939:69 ss.). Tras las campañas de excavación llevadas a cabo en El Royo (EIROA, J. J. 1979 a, b; 1980 a, b), Eiroa García sitúa el momento final de la ocupación castreña, apoyado en las dataciones de C-14, hacia inicios del siglo IV o tal vez antes, configurándose a partir de entonces la cultura celtibérica. Entre ambos niveles de ocupación, se da en el castro de El Royo, como en casi todos los castros sorianos conocidos que poseen ambos estratos de ocupación, un nivel de incendio y destrucción muy generalizado que afectó principalmente, según Eiroa, a la ocupación castreña (EIROA, J. J. 1979 a:128-129).



De los estudios más recientes se deduce que un porcentaje muy elevado de los castros son destruidos hacia fines del siglo V y primera mitad del siglo IV, destrucción tras la cual no volvieron a ser ocupados (*Mapa 2*). Un segundo grupo está constituido por los castros que tras su destrucción, en las fechas que hemos señalado, poseen una segunda ocupación o bien, a falta de campañas de excavación sistemáticas, proporcionan abundantes elementos culturales de etapa celtibérica (*Mapa 3*). El punto de referencia obligado lo constituye el castro de El Royo donde, tras las campañas de excavación, la datación del nivel celtibérico ha proporcionado la fecha del 320 a. C., que calibrada se eleva al 390 a. C. (EIROA, J. J. 1980 a:433-442; 1980 b:65-77). Sin entrar, en este momento, en ningún tipo de discusión, acerca de la conveniencia de la utilización de términos, hemos dado en llamar a los que poseen esta segunda ocupación «castros celtiberizados», tanto para los de la vertiente meridional del Sistema Ibérico como para los de la septentrional. Nos basamos para ello en elementos de cultura material exclusivamente; no obstante, se ha señalado recientemente

MAPA I
DISPERSIÓN DE LOS CASTROS SORIANOS, SIGLOS V-VI a. C.



1. El Puntal (Sotillo del Rincón) ?
2. Castillo de Avieco (Sotillo del Rincón) ?
3. Castillo de las Espirillas (Valdeavellano de Iera)
4. Los Castillejos (Gallinero).
5. El Castillejo (Valloria).
6. El Castillejo (Tanón).
7. Alto de la Cruz (Gallinero).
8. El Castillejo o (Ventosa de la Sierra)
9. El Castillejo (Castilfrío de la Sierra).
10. Zarranzano (Cubo de la Sierra)
11. Los Castillejos (Valdeprado).
12. El Castellar (San Feices)
13. Virgen del Castillo (El Royo).
14. El Castillejo (Langosto).
15. El Castillejo (Hinojosa de la Sierra)
16. Los Castillares I (Villarraso)
17. Peña del Castillo o Peñas del Castojón (Fuentesrún).
18. Los Castillejos (El Espino).
19. El Castillo (Soria) ?
20. Peñas del Cluzo (Pozalmuero).
21. El Castro (Cuevas de Soria).
22. Los Castillejos (Cubo de la Solana).

DELIMITACIONES DEL TERRITORIO DE LOS PELEDONES

-  Límite propuesto por P. Bosch Gimpera.
-  Límite propuesto por B. Taracena.



1. El Castillejo (Tañife).
2. El Puntal (Sotillo del Rincón). ?
3. Castillo de Avieco (Sotillo del Rincón). ?
4. Castillo de las Espirillas (Valdeavellano de Terral).
5. Alto de la Cruz (Gallinero).
6. El Castillo (Ventosa de la Sierra).
7. Los Castellares (El Coñado).
8. El Castillejo (Castillfrío de la Sierra).
9. El Castillo (Arévalo de la Sierra).
10. Zarranzano (Cubo de la Sierra).
11. El Castillejo (Hinojosa de la Sierra).
12. Torre Beteta (Villar del Ala).
13. Los Castillejos (Valdeprado).
14. El Castillejo (Langostol).
15. Los Castellares (Villaraso).
16. Cerro de la Iglesia (Cueva de Agreda).
17. Alto de Arenal (San Leonardo de Yagüe).
18. Peña del Castillo (Fuentestrún).
19. Los Castillejos (El Espino).
20. El Castillejo (Garray).
21. La Muela (Garray).
22. La Torrecilla (Valdejeña).

23. El Castillejo (Fuensauco).
24. El Pico (Cabrejas del Pinar).
25. Castil Terreiro (Izana).
26. Los Castejones (Calatañazo).
27. El Colarizo (Carabantes).
28. Castillo Bilido (Santa María de las Hcyas).
29. Los Villares (Vertosa de la Sierra).

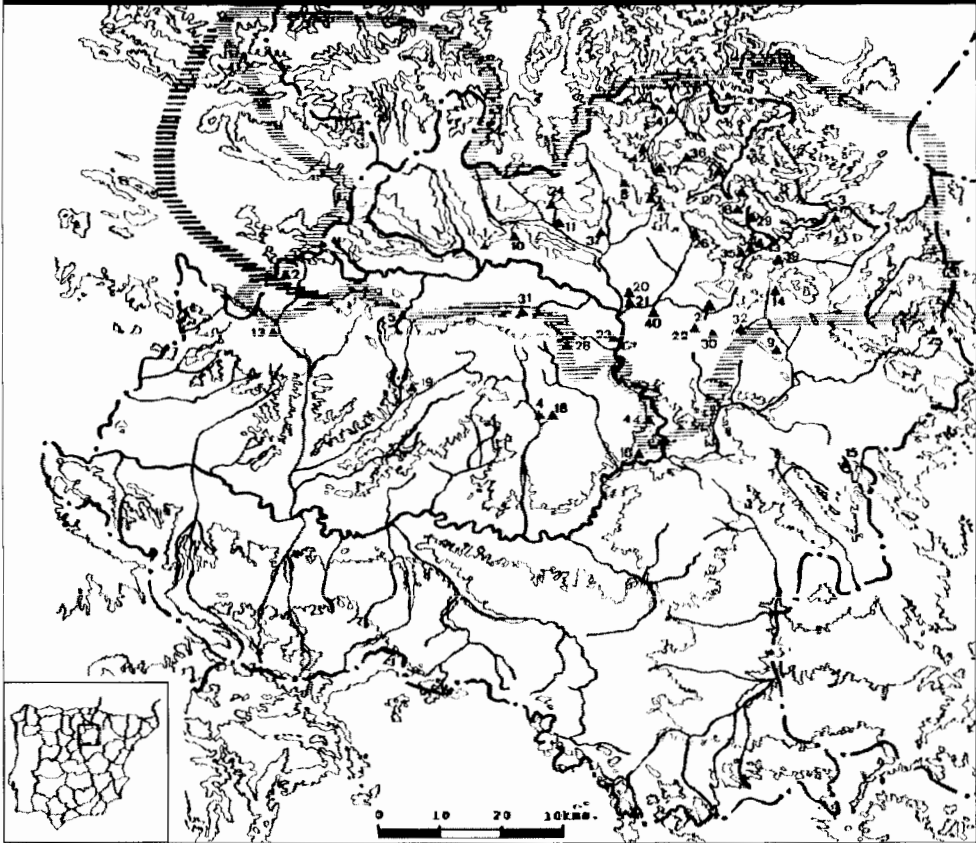
(*) Hemos incluido los poblados de La Muela de Garray (Numancia) y el Castillejo de Fuensauco porque, si bien poseen ocupación anterior, están habitados en este período.

DELIMITACIONES DEL TERRITORIO DE LOS PELENDONES

- Límite propuesto por P. Bosch Gimpera
- Límite propuesto por B. Taracena.
- Castros abandonados a fines del sig. o V o primera mitad del s. IV a. C.
- ▲ Poblados que inician su vida a comienzos de la Segunda Edad del Hierro.

M A P A 3

EVOLUCIÓN POSTERIOR EN ESTOS TERRITORIOS



1. Virgen del Castillo (El Rey). ● ■
2. Alto de Arenal (San Leonardo de Yagüe). ▲
3. El Castellar (San Felices). ● ■
4. Cerro del Castro (Cuevas de Sorat). ● ■
5. El Pico (Cabezas del Pirat). ▲
6. El Castillo (Arévalo) de la Sierra. ▲
7. Los Castellares (El Colado). ▲
8. Los Castillejos (Gallinero). ●
9. Peñas del Chozo (Bozalmoro). ●
10. El Castillejo (El angosto). ■
11. Cerro Bereta (Villar del Alai). ■ ?
12. E. Castillejo (Valloria). ●
13. Bllido (Santa María de las Hoyas). ▲ ■
14. La Torrecilla (Valdeleja). ▲
5. F. Collarizo (Carabantes). ●
6. Los Castellares (Cuba) de la Soana. ●
7. Los Villares (Ventosa de la Sierra). ▲
8. Castil Terreno (Izabal). ▲
19. Los Castejones (Calatayud). ▲
20. El Castillejo (Garay). ● ■
21. La Muela (Garra). ▲ ■
22. El Castillejo (Huenuelco). ▲ ■
23. El Castillo (Soria). ● ? ■
24. Castillo de las Espinillas (Valdeavellano de Tera). ● ■
25. Cerro de la Iglesia (Cueva de Agreda). ▲
26. Los Castellares (Aldealcobros). ★
27. Cerro de San Bartolomé (Aranzon). ★
28. Carbonera de Frentes. ★

29. La Nava (Fuente de Magaña). ★ ■
30. Cerro de San Sebastián (Barruteterba). ★ ■
31. El Castillo (Ocenilla). ★ ■
32. El Castillejo (Omeñaca). ★
33. El Castillo (Sarnego). ★ ■ ?
34. Los Castellares (Suellacabras). ★
35. Cerradas de San Martín (Suellacabras). ★ ■
36. El Castillo (Lamiño). ★
37. Los Villares (Tera). ★ ■ ?
38. Torretranculo. ★ ■ ?
39. Trébasos. ■
40. Cerro Ultera (Vertosilla de San Juan). ★
41. Las Gimenas (Villar del Río). ★ ■
42. Vizmanos. ★ ■ ?
43. Los Castellares II (Villarsac). ★
44. Rabanera del Campo. ★

DELIMITACIONES DEL TERRITORIO DE LOS PELENDONES

-  Límite propuesto por P. Bosch Gimpera.
 Límite propuesto por B. Taracena.

- Castros celtiberizados.
- Castros y poblados con vestigios romanos.
- ★ Poblados celtibéricos.
- ▲ Poblados que inician su vida a comienzos de la Segunda Edad del Hierro y permanecen habitados en etapa celtibérica.

que algunos nombres indígenas que aparecen en un reducido grupo de estelas de los Valles del Cidacos y Mayor, fechables en «los siglos I y II d. C.», tienen sus paralelos en la onomástica prelatina del NE, y por ello sería más correcto denominarlos «castros iberizados» a los de la vertiente septentrional (ESPINOSA, U. 1992:899-913).

Arévacos y pelendones

Resulta sumamente complejo intentar establecer cómo el grupo pelendón se vio empujado hacia el norte de sus dominios originarios por los arévacos. Para otras zonas geográficas aún hoy se siguen manteniendo las tesis planteadas por P. Bosch Gimpera hace más de cincuenta años. Así, M. Salinas, siguiendo a Bosch-Gimpera, considera que los *vettones* fueron desplazados a las estribaciones montañosas como consecuencia de la irrupción en el valle del Duero del grupo de los *bellovaci* hacia el 650 a. C. (SALINAS, M. 1986 a:23 ss.).

En este mismo sentido se manifestó también T. Ortego al continuar aceptando la interpretación de B. Taracena respecto a la similitud entre *Belenos-Belendi-Pelendones* (1985:126). Recientemente A. Tovar no ha disentido de esta postura generalizada al considerar a los *pelendones* «afines» a los arévacos y absorbidos por éstos (TOVAR, A. 1985: 19).

Sobre el significado del término celtíbero se ha escrito bastante, algunos autores (DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. 1983; 1988; TOVAR, A. 1985:25) han planteado recientemente que el término significaría más una realidad geográfica (*celtas de Iberia*) que etnográfica (unión de celtas e iberos). En cualquier caso todo parece indicar que, en el estado actual de la investigación, aún falta bastante para que historiadores, filólogos y arqueólogos muestren una definición medianamente unánime sobre lo que puede entenderse por «celtíbero»⁴. Otro de los puntos objeto de controversia, en el cual no vamos a entrar en este momento, lo

constituye la definición del término «tribu», comúnmente utilizado en nuestro país como libre traducción del griego *génos* o *ethnos*, o del latino *populus*, y que ha llevado a algunos autores a hablar de «confederación tribal». En efecto, M. Salinas, siguiendo las noticias transmitidas por las fuentes clásicas, las aportaciones de la epigrafía y algunos datos suministrados por la investigación arqueológica, ha planteado la existencia de una «confederación tribal» entre los celtíberos en la que los arévacos debieron de jugar un papel preponderante y Numancia constituiría su capital (SALINAS, M. 1986 b: 81 ss.). Precisamente el surgimiento de esta «confederación o liga» en torno a los siglos IV-III a. C. explicaría, a juicio de M. Salinas, los niveles de destrucción detectados en los castros sorianos y la extensión de la cultura celtibérica en el norte de Soria (SALINAS, M. 1986 b:84)⁵.

A nivel arqueológico se aprecia que, paralelamente al inicio del proceso de abandono y destrucción y, casi con seguridad, al del inicio de la segunda ocupación de los castros mencionados anteriormente, asistimos a la eclosión de una serie de poblados (*Mapa 2*), todos ellos de nueva planta (a excepción de La Muela de Garray y El Castillejo de Fuensauco), que comienzan su vida en estos momentos iniciales de la Segunda Edad del Hierro y que continuarán su proceso evolutivo durante el período plenamente celtibérico. Tradicionalmente estos poblados han sido asimilados al mundo castreño, pero responden a unas concepciones urbanísticas, de emplazamiento, de ajuar material, e incluso de fortificación, diferentes. El caso más claro es El Castillejo de Arévalo de la Sierra. En primer lugar, difiere el propio emplazamiento sobre una pequeña muela en zona bastante llana, hecho que también se da en La Torrecilla de Valdejeña. El sistema defensivo también introduce novedades: en algunos casos, terraplén de violento plano inclinado, construido con piedras clavadas a tizón junto al lienzo exterior de la muralla que

rodea totalmente el poblado (Arévalo) o, en otros, grandes amontonamientos de derrumbes de muralla en la zona más vulnerable del poblado que son indicativos de la existencia de un torreón, muy diferente a los de Valdeavellano de Tera (El Pico, Alto del Arenal, Carabantes, El Collado, etc.), como se ha comprobado en la excavación del Valladar (Castilmonlán) (ARLEGUI, M. A. 1992) que nosotros paralelizábamos con los arriba mencionados (BACHILLER, J. A. 1988:16; BACHILLER, J. A. y BLANCO, A. 1991). Aparecen, asimismo, nuevos sistemas de organización urbana, con disposición radial de las viviendas (Arévalo). El ajuar cerámico presenta una reducida gama de cerámicas elaboradas a mano para generalizarse el torno, siendo el tipo torneado el más abundante. Otro elemento a tener en cuenta es que en estos yacimientos (al margen de La Muela de Garray y Fuensauco que presentan connotaciones especiales) no se aprecia el nivel de destrucción que observamos en los castros. En función de todas estas variables abogamos por su no inclusión dentro de lo que hemos definido como cultura castreña soriana, a pesar de que existen algunos elementos comunes.

Este hecho nos lleva a atribuir estos yacimientos al grupo arévaco en su expansión hacia las tierras septentrionales. No obstante, es preciso matizar que, a falta de una seriación estratigráfica comprobada, se trata de una hipótesis que habrá de confirmarse en el futuro, al mismo tiempo que, obviamente, no todas estas ocupaciones han de tener exactamente la misma cronología, ya que puede tratarse de un proceso paulatino de penetración. Es precisamente en este período, según Taracena y Bosch Gimpera, cuando los *arévacos* portadores de la entonces llamada «cultura posthallstática» (TARACENA, B. 1929:24-27; BOSCH, P. 1979: 822 ss.) desplazarían a los pelendones de la región de Numancia. Resulta muy difícil explicar las causas de este fenómeno de expansión, aunque indudablemente creemos

que puede tener connotaciones políticas, económicas, demográficas, bélicas, etc.

Todo ello nos lleva a una nueva fase en estos territorios que conduce a la celtiberización, entendida ésta a nivel de cultura material. Mientras que en los castros, como ya hemos visto, esta fase supone una irrupción violenta y una ruptura desde el punto de vista cultural; en los poblados que acabamos de mencionar supone una evolución continuada en la que se generaliza la cerámica torneada y la metalurgia del hierro.

El apogeo de esta cultura, entendida en un sentido muy global (político, cultural y socio-económico) debió centrarse en los siglos III-II a. C., hecho comúnmente admitido. Este es el momento en el que proliferan una serie de asentamientos que hemos dado en llamar poblados celtibéricos (Mapa 3). La falta, una vez más, de excavaciones rigurosas no nos permite establecer una seriación en la ocupación de los citados poblados, muchos de ellos debieron de estar ocupados no sólo en época prerromana, sino también romana y tardorromana. Es más, en bastantes de ellos se encuentran materiales de época medieval, lo cual no quiere decir necesariamente que estuviesen ocupados durante este período, pero sí ser objeto de sucesivas «visitas».

Antes de pasar a analizar las características de estos asentamientos preferimos hacer una nueva matización terminológica. A estos «poblados celtibéricos», también tradicionalmente se les ha denominado castros. Nos parece correcta dicha acepción si se utiliza en sentido estricto y de acuerdo con la definición que proponíamos en el presente trabajo. Desgraciadamente no ha ocurrido así en la mayoría de los casos, con lo que se ha creado un clima de confusión hablándose, indistintamente, de castros sin especificar a qué facies cultural nos estamos refiriendo en cada caso. Este hecho ha favorecido que se haya llegado a pensar que los castros de la Primera Edad del Hierro (cultura castreña soriana) tienen su

continuación, sin interrupción alguna, en los castros de la Segunda Edad del Hierro (castros o poblados de inicios de la Segunda Edad del Hierro y castros celtibéricos), interpretación ésta incorrecta, como hemos expuesto con sólidos argumentos en párrafos anteriores. El hábitat castril no es propio de un grupo u otro, aunque si presenta connotaciones diferentes como hemos observado, y tanto pelendones como *arévacos* utilizaron este tipo de hábitat. Sin embargo, ello no significa que deba confundirse la cultura castreña soriana (*pelendones*) con los castros de inicios de la Segunda Edad del Hierro y sus continuadores, sin interrupción, de época celtibérica (de filiación cultural arévaca).

Durante la etapa celtibérica los poblados se emplazan en una gama muy variada de lugares, aunque siempre son de fácil defensa y dominan visualmente una amplia zona: cerros, muelas, espolones, etc. Si seguimos a los autores de la antigüedad, observamos que éstos llegan a distinguir hasta tres tipos de hábitats diferentes: la ciudad, la aldea y el castillo. En cualquier caso, esta jerarquización —si es que existió tal— de los asentamientos, resulta de muy difícil confirmación arqueológica.

En primer lugar, como ya hemos referido, se ocupan algunos de los castros (*Mapa 3*), como es el de La Virgen del Castillo de El Royo, el Castelar de San Felices, Cerro de Castro de Cuevas de Soria, Los Castillejos de Gallinero, El Castillejo de Valloria, etc., en los que se mantiene el mismo sistema o sistemas defensivos (muralla de dos paramentos, anillos de piedras hincadas en algunos casos...), junto a casas de planta rectangular y con cimentación de mampostería (El Royo).

Por otro lado, continúan su evolución los yacimientos que habían iniciado su vida a comienzos de la Segunda Edad del Hierro (El Castillo de Arévalo de la Sierra, Alto del Arenal de San Leonardo de Yagüe, El Pico de Cabrejas del Pinar, Los Castellares de El Collado, etc.), con las características ya referidas en

cuanto a fortificación (muralla, anillo de piedras hincadas, en algunos yacimientos, torreón en la zona más vulnerable...), aunque el ajuar cerámico es de fábrica completamente celtibérica.

En esta fase surgen, asimismo, nuevos asentamientos caracterizados por su extensión reducida, emplazamiento de menor altitud y fortificaciones. La muralla de mampostería ofrece ligeras variantes, puesto que en el caso comprobado de Los Castellares de Sueillacabras presenta paramentos múltiples, hecho que también se observa en Los Castejones de Caltañazor, que había iniciado su vida con anterioridad. Asimismo, en las zonas más vulnerables del poblado, refuerzan la muralla pudiéndose apreciar un gran amontonamiento de derrumbes que, sin duda, corresponden cuando menos a un torreón, tal es el caso de Omeñaca, que presenta paralelos con El Collarizo, El Pico, Alto del Arenal, entre otros. De nuevo, insistimos, en que la falta de trabajos arqueológicos de excavación no nos permiten precisar el momento o momentos de erección de tales obras. Las defensas se completan con la construcción de auténticos fosos que, a diferencia de los mencionados para algunos castros en los que aparecen muy difusos, se realizan cortando la roca base en vertical (Carbonera de Frentes, Omeñaca, Los Castellares de Sueillacabras, etc.). No obstante, existen algunos ejemplos en los cuales no se detecta, a simple vista, ningún tipo de fortificación o amurallamiento, tal es el caso de Rabanera del Campo o Cerro de San Sebastián. En todos estos yacimientos los materiales más antiguos son plenamente celtibéricos.

Finalmente encontramos el gran núcleo de Numancia, que debido a la amplia superficie que alcanza, a diferencia del reducido tamaño de los poblados celtibéricos anteriores se ha considerado como auténtica ciudad. Las casas se organizan en retícula y la ciudad es circundada, al poniente, por una calle que corre paralela a la muralla. La ocupación de Nu-

mancia se remonta al menos al siglo III-II a. C. con un posible corto período de interrupción tras el 133 a. C., para continuar desde el siglo I a. C. hasta época medieval. Por tanto, la ocupación más continuada es de época romana. De la etapa celtibérica habría quedado el trazado originario que estaría por debajo del romano y con el que coincidiría en gran medida. Este tipo de ordenación responde a influencias foráneas griegas y romanas (JIMENO, A., FERNÁNDEZ, J. J., REVILLA, M. L. 1990:19-21).

Al igual que Numancia, muchos otros núcleos permanecen habitados en época romana (*Mapa 3*) e, incluso, en tiempos medievales y posteriores. En el mapa correspondiente sólo reflejamos aquellos yacimientos en los cuales aparecen hallazgos romanos, pero hay que tener en cuenta que bastantes poblados celtibéricos permanecen ocupados durante este período.

Aparecen vestigios romanos en algunos castros, muy pocos en relación con el cómputo global de los mismos: Virgen del Castillo de El Royo (TARACENA, B. 1929:6-7; 1941:145-146; FIROA, J. J. 1979 a, b), El Castellar de San Felices (TARACENA, B. 1941:147-148; ROMERO, F. 1991:108), Las Espinillas de Valdeavellano de Tera (TARACENA, B. 1929:10-11; 1941:166-167), El Castillejo de Langosto (TARACENA, B. 1929:7-8; 1941:91), El Castro de Cuevas de Soria (TARACENA, B. 1941:59) o El Castillo de Soria que planteamos con interrogante por el hecho de no estar demostrado que se trate de un verdadero castro (GONZÁLEZ SIMANCAS 1927).

En todos ellos aparece *terra sigillata* hispánica tardía, atestiguándose las formas Drag 37 (El Royo, San Felices) y formas 4 y 8 (El Castellar de San Felices), cerámica común (El Castellar de San Felices, Langosto, Cuevas de Soria), vidrio y bronce muy deformado (Langosto), lucernas (Valdeavellano, San Felices), algunas monedas (Valdeavellano) y *tegulae* (San Felices). Todo ello evidencia la presencia de gentes en estos yacimientos fundamentalmente durante el Bajo Imperio.

Asimismo, aparecen hallazgos similares en los poblados ocupados a inicios de la Segunda Edad del Hierro y que alcanzan la celtiberización. Tal es el caso de Torre Beteta (ROMERO, F. 1991:443) que presenta problemas de adscripción de los materiales, El Castillejo de Garray (TARACENA, B. 1941:67-83; SCHULTEN, A. 1945:177), Castillo Billido (LUCAS HERNÁNDEZ 1977:38-42) y El Castillejo de Fuensauco (BACHILLER, J. A. 1984:96), aparte del mencionado en La Muela de Garray (Numancia).

Por último, como puede observarse en el *Mapa 3*, son varios los poblados celtibéricos que presentan vestigios romanos, normalmente se trata de *terra sigillata* hispánica tardía, en la mayoría de los casos, cerámica común y restos epigráficos. No siempre resulta fácil la atribución de estos últimos a un determinado yacimiento puesto que aparecen formando parte de otras fábricas (ermitas o iglesias), principalmente los hallazgos epigráficos, de ahí que planteemos su interrogante, al margen de otros casos poco claros.

La ocupación de la mayoría de estos yacimientos en época medieval y posterior queda puesta de manifiesto por los hallazgos visigodos en El Royo, San Felices, Castillo de Ocenilla, Los Castellares de Suellacabras (donde existe una necrópolis visigoda) etc. y, además, por la edificación de fortalezas medievales en El Castillo de Soria y Torre Beteta.

No queremos finalizar sin antes hacer una breve referencia a la existencia de ermitas y lugares de culto cristianos en estos emplazamientos. Tanto en el interior del recinto como en sus proximidades suelen aparecer este tipo de edificaciones: El Royo (Ermita de la Virgen del Castillo), Zarranzano (Ermita de la Magdalena), El Castro de Cuevas de Soria (Ermita de San Cristóbal), Vizmanos (Ermita de Virgen de Ayuso), Los Castillejos de Cubo de La Solana, etc. El porcentaje de este tipo de manifestaciones sobre el total de emplazamientos es muy elevado.

La documentación epigráfica: *Gentilitates*

La epigrafía ha aportado también interesantes datos a los que se ha acudido en numerosas ocasiones a fin de lograr el esclarecimiento de la estructura sociopolítica de los celtíberos. Durante un tiempo se ha mantenido vigente las tesis de A. Tovar y J. Maluquer, según las cuales las gentilidades correspondieron en un principio únicamente a los pueblos de las primeras oleadas indoeuropeas (entre los que se encontraban los pelendones) y conservaron su tradición durante largo tiempo debido a que estas poblaciones fueron arrinconadas a las estribaciones montañosas. Para los defensores de esta interpretación, cuando las poblaciones celtibéricas someten a estas poblaciones, adquieren la organización gentilicia, lo que permitiría explicar cómo el sistema de gentilidades se manifestó en algunos pueblos celtibéricos, mientras en otros parece que nunca llegó a implantarse (TOVAR, A. 1967: 232 ss.; MALUQUER, J. 1954: 14 ss.).

M. Salinas, sin embargo, se muestra contrario a estas conclusiones y mantiene que las *gentilitates* deben hacerse extensivas a todos los pueblos celtibéricos en cuanto miembros de una «liga» o «confederación tribal» y no únicamente a aquellos que sojuzgaron a pueblos indoeuropeos anteriores (caso de los arévacos con los pelendones) tomando de éstos su estructura gentilicia (SALINAS, M. 1986 b:36-38). Ello vendría corroborado, a juicio de Salinas, por dos hechos fundamentales: la existencia de un mayor número de inscripciones celtibéricas con referencia a *gentilitates* en la Celtiberia Ulterior que en la Citerior, por un lado, y la mayor proporción de *gentilitates* en las ciudades que las fuentes citan como *arévacos* (Clunia, Uxama, Segontia) frente a aquellos núcleos más cercanos a los *pelendones* (Numantia y curso alto del Duero), por otro. De este modo, Salinas niega que se pueda seguir manteniendo la tesis según la cual las gentilidades fueron introducidas en la Celtiberia tras la restitución de fronteras que benefició a los

pelendones, una vez destruida Numantia en el 133 a. C. (SALINAS, M. 1986 b:70).

A nuestro juicio este planteamiento de M. Salinas, si bien introduce una interesante perspectiva dentro de la problemática de las *gentilitates*, no toma en su justa consideración que los emplazamientos y núcleos urbanos situados en el norte de la provincia del Duero adolecen de una tradición investigadora y son muchas las lagunas existentes en cuanto a su conocimiento, por no hablar de la dispersión del hábitat existente en esta zona de la Meseta, de la que el propio Estrabón se hace eco (ESTRABÓN, III, 4, 13).

Así, se ha destacado comúnmente en las inscripciones halladas en la provincia de Soria una diferenciación entre gentilicios en *-um* y entre aquellos que lo hacen en *-o(n)*. En opinión de M. L. Albertos esta distinción explicaría la existencia de diferencias lingüísticas entre *pelendones* y *arévacos* y demás pueblos afines (ALBERTOS, M. L. 1975:24). A Jimeno acepta estas conclusiones de M. L. Albertos en su estudio sobre la epigrafía soriana, aportando interesantes datos cuantitativos: la existencia de un predominio de los gentilicios indígenas en *-um* (20 de un total de 35) frente a la menor proporción de gentilicios en *-o(n)* (9 en un total de 35), y un escaso número de gentilicios romanizados en *-orum* (únicamente 2 casos) (JIMENO, A. 1980: 254-255).

Precisamente basándose en el estudio de un conjunto de estelas procedentes de los Valles del Cidacos y Linares, U. Espinosa ha planteado, recientemente, la posibilidad de que el grupo de población de esta zona geográfica no fuese pelendón —pese a lo que comúnmente se ha venido manteniendo— sino un pueblo no céltico, «reducto perviviente del iberismo», y de nombre desconocido (ESPINOSA, U. 1992:906 ss.). No cabe duda de que la tesis de U. Espinosa es atrayente por cuanto introduce una nueva línea de discusión en el estudio, siempre problemático, de las poblaciones de la zona norte de la provincia de Soria. Sin embargo, conside-

ramos que algunos de sus planteamientos, derivados de una incorrecta interpretación de la cultura castreña soriana, son discutibles. Por otra parte, las estelas de lo que él denomina como «grupo unitario epigráfico en tierra de Yanguas» carecen, como él mismo reconoce, de contexto arqueológico y creemos que ello es ya de por sí un elemento más que suficiente para plantear las hipótesis de trabajo con suma cautela⁹. A nuestro juicio, los argumentos expuestos por Espinosa, para quien las estelas no pro-

ceden de una *officina lapidaria* sino que evidenciarían la existencia de unas gentes social y culturalmente homogéneas, no son lo suficientemente sólidos como para descartar definitivamente esta hipótesis. Sobre este particular, J. Gómez-Pantoja parece defender el planteamiento de que bajo la aparente homogeneidad formal y decorativa de las estelas de Yanguas no se encierre más que la producción de una *officina lapidaria* (GÓMEZ-PANTOJA, J. 1992:918).

NOTAS

- 1 WATTENBERG, F., 1963. *Las cerámicas indígenas de Numancia*. BPH, IV. Madrid. Idem: 1983. *Excavaciones en Numancia. Campaña de 1963*. Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 5. Valladolid.
- 2 Respecto a la cronología defendida por C. Alonso, siguiendo las tesis de Bosch Gimpera, para el establecimiento de los pelendones en la altimeseta soriana, ya se ha expresado en otro lugar nuestra opinión respecto a la excesiva elevación de la fecha hasta el s. VIII-VII a. C. (BACHILLER, J. A. 1992:14).
- 3 En relación a los tres mapas que presentamos es necesario señalar que conocemos la existencia de algunos yacimientos más, algunos de ellos están siendo estudiados por nuestro compañero y amigo Fernando Morales, quien amablemente nos ha comunicado su existencia. Estos yacimientos no han sido incluidos en los mencionados mapas ya que, dada la perspectiva diacrónica con que hemos enfocado este análisis, hasta tanto no concluya el estudio no conoceremos las diversas fases de ocupación de los mismos. Este mismo hecho se produce con algunos otros poblados de la vertiente del Ebro, para los cuales falta un estudio exhaustivo que establezca la seriación de materiales y su adscripción a los diferentes períodos.
- 4 Una de las últimas aportaciones sobre la discusión de estos aspectos la constituye el estudio de F. Burillo dedicado al origen de los celtíberos, en el que re-

coge las diversas explicaciones que sobre este particular se han venido sucediendo en los últimos años, además de sistematizar la información arqueológica procedente de las distintas áreas de la Celtiberia que pueda arrojar soluciones a este respecto (BURILLO, F.: 1987).

- 5 Por su parte, C. Fatás ha manifestado los inconvenientes que plantea la utilización del término «tribu» por las connotaciones políticas que éste lleva consigo (FATÁS, G. 1981:212) y ha preferido plantear la existencia de una «*synnajiá*» o «*koinon*», como instancias político-jurídicas y militares de decisión conjuntas entre los celtíberos, en vez de emplear el término de «confederación tribal» (FATÁS, G. 1987).
- 6 Recientemente J. Gómez-Pantoja ha puesto de manifiesto los riesgos que implica relacionar unos restos epigráficos carentes de contexto arqueológico con la existencia de un determinado asentamiento, además de señalar ilustrativamente hasta qué punto es erróneo considerar que el lugar donde se documenta el hallazgo de un epígrafe es precisamente el enclave originario de la inscripción (GÓMEZ-PANTOJA, J. 1989). Contrasta esta opinión, precisamente, con la argumentación expuesta por U. Espinosa, para quien las estelas por él estudiadas «no han viajado mucho desde sus emplazamientos originarios», pese a reconocer que desconoce su procedencia exacta (ESPINOSA, U. 1992:904).

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERTOS FIRMAT, M. L.: 1975. *Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua*. Studia Archaeologica, 37. Valladolid.
- ALMAGRO GORBEA, M. y LORRIO A.: 1987. «La expansión céltica en la Península Ibérica: una aproximación cartográfica». I *Symposium sobre los celíberos* (Daroca, 24-26 abril 1986). Zaragoza, pp. 105-122.
- ALONSO FERNÁNDEZ, C.: 1969. «Relaciones políticas de la tribu de los arévacos con las tribus vecinas». *Pyrenae*, 5. Barcelona, pp. 131-140.
- ARLEGUI, M. A.: 1992. «El yacimiento celtibérico de «Castilmontán», Somaén (Soria): el sistema defensivo». II *Symposium de arqueología soriana*. Soria, pp. 495-513.
- BACHILLER GIL, J. A.: 1984. *La cultura castreña de la altimeseta soriana*. Memoria de Licenciatura inédita. Universidad de Zaragoza.
- 1986. «Los castros sorianos: algunas consideraciones generales». *Celtiberia*, 72. Soria, pp. 349-356.
- 1987 a. «Los Castros del Alto Duero». *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 3. Universidad de Murcia, pp. 77-84.
- 1987 b. *La cultura castreña soriana de la alta cuenca del Duero*. Resumen Tesis Doctoral. Universidad de La Laguna.
- 1987 c. *Nueva sistematización de la cultura castreña soriana*. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología. Scric Monografía, 1. Zaragoza.
- 1988. «Hallazgos arqueológicos en El Valladar (Somaén-Arcos de Jalón, Soria)». *Soria, Hogar y Pueblo*, Domingo 21 de agosto, p. 16.
- 1989. «El ajuar material de los castros sorianos». *Castrelos*, 1-2. Revista do Museo Municipal Quiñones de León. Vigo, pp. 109-119.
- 1992. «Hábitat y urbanismo en el sector oriental de la meseta norte durante el primer milenio antes de Cristo». *Vegueta*, 0. Las Palmas de Gran Canaria, pp. 11-23.
- BACHILLER GIL, J. A. Y BLANCO, A.: 1991. «El Valladar. Poblado y necrópolis inéditos en el Alto Jalón (Somaén-Arcos de Jalón, Soria)». *Tabona*, VII. La Laguna, pp. 69-83.
- BOSCH GIMPERA, P.: 1921. «Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica». *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Madrid.
- 1932. *Etnología de la Península Ibérica*. Barcelona.
- 1939. *Two celtic waves in Spain*. Proceedings of the British Academy, 26. London.
- 1975. *Prehistoria de Europa*. Madrid.
- BURILLO MOZOTA, F.: 1987. «Sobre el origen de los celíberos». I *Symposium sobre los celíberos* (Daroca, 24-26 abril 1986). Zaragoza, pp. 75-93.
- CLARKE, D. L.: 1978. *Analytical Archaeology*. London.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J.: 1983. «Los términos "iberia" e "iberos" en las fuentes grecolatinas: Estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación». *Lucentum*, II. Alicante, pp. 203-224.
- 1988. «En torno a algunos aspectos socioeconómicos de la cultura vacca: estado de la cuestión y nuevas aportaciones». *Caesaraugusta*, 65. Zaragoza, pp. 23-76.
- EIROA GARCÍA, J. J.: 1979 a. «Avance de la primera campaña de excavaciones arqueológicas en el castro hallstático de El Royo (Soria)». *Caesaraugusta*, 47-48. Zaragoza, pp. 123-139.
- 1979 b. «Aspectos urbanísticos del castro hallstático de El Royo (Soria)». *Revista de Investigación del CUS*, III-1. Soria, pp. 81-90.
- 1980 a. «Datación por Carbono-14 del castro hallstático de El Royo (Soria)». *Trabajos de Prehistoria*, 37. Madrid, pp. 433-442.
- 1980 b. «Corrección y calibración de las fechas de Carbono-14 de la Cueva del Asno y el castro de El Royo (Soria)». *Revista de Investigación del CUS*, IV, 2. Soria, pp. 65-77.
- ESPINOSA, U.: 1992. «Los castros soriano-riojanos del Sistema Ibérico: nuevas perspectivas». *Actas del II Simposium de Arqueología Soriana* (Soria, 19-21 octubre 1989), vol. III. Soria, pp. 899-913.
- ESPINOSA, U.; USERO, L. M.: 1988. «Eine Hirtenkultur im Umbruch. Untersuchungen zu einer Gruppe von Inschriften aus dem conventus Caesaraugustanus (Hispania Citerior)». *Chiron*, 18. München, pp. 477-504.
- FATÁS, G.: 1981. «Romanos y celíberos citeriores en el siglo I antes de Cristo». *Caesaraugusta*, 53-54. Zaragoza, pp. 195-234.
- 1987. «Apuntes sobre organización política de los celíberos». I *Symposium sobre los celíberos* (Daroca, 24-26 abril 1986). Zaragoza, pp. 9-18.
- GONZÁLEZ SIMANCAS, M.: 1927. *Excavaciones de exploración en el cerro de El Castillo de Soria*. Mem. de la Junta Sup. de Exc. y Ant., 87. Madrid.
- GÓMEZ-PANTOJA, J.: 1989. «Castillos en el Duero». *Gerión*, 7. Madrid, pp. 241-249.
- 1992. «Nuevos testimonios epigráficos sorianos». *Actas del II Simposium de Arqueología Soriana* (Soria, octubre 1989) Soria, pp. 915-926.
- IMENO, A.: 1980. *Epigrafía romana de la provincia de Soria*. Soria.
- IMENO, A.; FERNÁNDEZ, J. J. y REVILLA, M. L.: 1990. *Numancia*. Soria.
- LOPERRÁEZ, J.: 1788. *Descripción histórica del Obispado de Osma*. Imprenta Real Madrid (Fd. facsimilar Fd. Turner Madrid, 1978).
- LUCAS HERNÁNDEZ, N.: 1977. «Castillo Billido. un castro romanizado en el cañón del río Lobos (Soria)». *Boletín de la Sociedad Española de Amigos de la Arqueología*, 7. Madrid, pp. 38-42.

- MALLOUER, J.: 1954. «España prerromana». *HEMP*, I, 3. Madrid.
- ORTEGO, T.: 1952. «Celtas en tierras de Soria y Teruel». II *Congreso Arqueológico Nacional*. Madrid, 1951. Zaragoza, pp. 285-296.
- 1985. «Edad Antigua». *Historia de Soria*, vol. I. Soria, pp. 124-208.
- RABAL, N.: 1889. *Historia de Soria*. Ed. de Daniel Cortezo y Cía. Barcelona. (Ed. facsimilar Macondo Ediciones. Soria, 1980).
- ROMERO CARNICERO, F.: 1984 a. «La Edad del Hierro en la provincia de Soria. Estado de la cuestión.» *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana*. Soria
- 1984 b. «Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana: La casa circular del castro del Zarranzano.» *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana*. Soria.
- 1984 c. *La Edad del Hierro en la serranía soriana: los castros*. *Studia Archaeologica* 75. Valladolid.
- 1991. *Los castros de la Edad del Hierro en el norte de la provincia de Soria*. *Studia Archaeologica*, 80. Valladolid.
- RUIZ ZAPATERO, G.: 1977. «Fortificaciones del castro hallstático de Valdeavellano (Soria)». *Celtiberia* 53. Soria.
- SALINAS, M.: 1986 a. *La organización tribal de los vettones*. Salamanca.
- 1986 b. *Conquista y Romanización de Celtiberia*. Acta Salmanticensis, 117. Salamanca.
- SENTENACH, N.: 1914-1915. «Los arévacos». *Revista de Arqueología, Bibliotecas y Museos*, XVIII, pp. 1-22, pp. 181-200, pp. 291-312; XIX, pp. 71-96, pp. 276-487.
- SCHULTEN, A.: 1914. *Numantia, I. Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom*. München.
- 1945. *Historia de Numancia*. Barcelona.
- TARACENA, B.: 1926. *Excavaciones en la provincia de Soria*. Mem. de la Junta Sup. de Exc. y Ant., núm. 75. Madrid.
- 1927. *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*. Mem. de la Junta Sup. de Exc. y Ant., núm. 86. Madrid.
- 1929. *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*. Mem. de la Junta Sup. de Exc. y Ant., núm. 103. Madrid.
- 1932. *Excavaciones en la provincia de Soria*. Mem. de la Junta Sup. de Exc. y Ant., núm. 119. Madrid. 1933. «Tribus celtibéricas. Pelendones». *Homenagem a Martins Sarmento*. Guimaraes, pp. 393-401.
- 1941 a. *Carta Arqueológica de España*. Soria. CSIC Madrid.
- 1941 b. «La antigua población de La Rioja». *Archivo Español de Arqueología*, 42. Madrid.
- 1954. «Los pueblos celtibéricos». *HEMP*, vol. I, 3. Madrid, pp. 197-299.
- TOVAR, A.: 1967. «Linguística y arqueología sobre los pueblos primitivos de España». *Las raíces de España*. Madrid, pp. 213-252.
- 1985. «Lenguas y pueblos de la Antigua Hispania: lo que sabemos de nuestros antepasados protohistóricos». *Veleia*, 2-3. Vitoria. pp. 15-34.